

DEL BIEN DE LA PERSONA NACE EL BIEN COMÚN

«Una comunidad cristiana auténtica vive en relación constante con el resto de los hombres, con quienes comparte totalmente las necesidades, y junto a los cuales sufre los mismos problemas. Por la profunda experiencia fraterna que en ella se desarrolla, la comunidad cristiana no puede no tender a tener su propia idea y método para afrontar los problemas comunes, sean prácticos como teóricos, para ofrecer su colaboración específica al resto de la sociedad en la que se encuentra». (Luigi Giussani)

Venezuela vive una realidad crítica que afecta a sus habitantes en los órdenes social, económico y político. De una manera u otra se ha llegado a una situación donde prevalece la división por encima del bien común, donde ni siquiera se reconoce la existencia y el valor del otro que piensa distinto. Ante esto, es necesario el reconocimiento del valor irreductible de la persona: **es necesario redescubrir el otro como un bien, y no como un obstáculo a superar para el cumplimiento de nuestro yo, sea en las relaciones humanas y sociales o en la política.**

Es necesario comprender que lo que ha determinado la crisis actual para resolver los problemas no es solamente el fracaso de un proyecto político y económico, sino sobre todo y antes que nada **el colapso de una tensión ideal, el decaimiento de una búsqueda continua y de una educación, motivadas en la conciencia profunda del valor de la persona.**

Consecuencia de este decaimiento, la opción que muchos plantean es reducir los problemas a una cuestión política, confiando la solución únicamente a salidas electorales y entonces a partir del poder. Si bien esto es útil y necesario, resulta insuficiente porque significa no ir a las raíces del problema. **Es necesario un cambio más radical, que mueva el péndulo que oscila entre la política-partidista y la indiferencia, colocando sobre la mesa el significado de la acción pública.**

Por un lado, la política solo puede responder a su objetivo si no pretende ser “salvífica”. Y por otra parte, los políticos deben recuperar la conciencia de ser un instrumento para ayudar a los individuos y a las realidades sociales a construir respuestas adecuadas a sus necesidades y problemas reales. Esto significa **recomenzar a identificar en los hechos el bien común: el bien tuyo, el bien nuestro, el bien de cada uno.**

El Papa Francisco ha recordado qué significa hacer política para un católico, pero es una indicación que sirve para cualquiera: “Pablo VI dijo que **la política es una de las formas más altas de la caridad, porque busca el bien común, pensando los caminos más útiles para esto, los medios más útiles.**

Buscar el bien común trabajando en cosas pequeñas, pequeñísimas, poco a poco... pero se hace. Hacer política es importante: la pequeña y la gran política” (30 de abril de 2015).

Y en su reciente viaje a Bolivia el Papa recordaba que **“el bien común, es algo más que la suma de intereses individuales; es un pasar de lo que «es mejor para mí» a lo que «es mejor para todos»**, e incluye todo aquello que da cohesión a un pueblo: metas comunes, valores compartidos, ideales que ayudan a levantar la mirada, más allá de los horizontes particulares” (08 de julio 2015).

Por ello **es necesario que cada uno coloque a disposición de todos, su visión y su modo de vivir.** Este compartir nos hará **encontrarnos a partir de la experiencia real de cada uno y no desde estereotipos ideológicos que hacen imposible el diálogo** (Julián Carrón, *Corriere della Sera*, 13 febrero de 2015).

La política no puede seguirse entendiendo como la gestión del poder por el poder, sino como un servicio que se puede realizar aun cuando se tenga poco “poder”, o encontrándose en cargos públicos pero con una responsabilidad renovada de cara a las necesidades de la gente, especialmente de los más necesitados y excluidos en la sociedad.

Es necesario preguntarse seriamente y hasta inclinarse para comprender qué quiere decir hoy “servir al pueblo” según una exigencia que, luego del fracaso de las ideologías, nazca de lo más profundo del corazón de quien conserve aunque sea un mínimo interés por su propia vida y por la de sus seres queridos.

Por ello es necesario educarnos como personas capaces de expresar una conciencia adecuada de lo humano, de lo que es esencial en la realización del individuo y de la sociedad. Pero esta tarea no se le puede pedir solamente a la política, debe acontecer ante todo en **lugares que despierten el “yo” de cada uno, lo eduquen en una relación adecuada con la realidad** (sea la que sea) y le permitan percibir existencialmente la centralidad, unicidad y sacralidad de cada persona.